

El último hombre en la Tierra

Maydy Nayibi Galvis

Caminó. Durante mucho tiempo sólo se dedicó a caminar por ese desierto infinito e indiferente. Lo poco que recordaba era el simple acto de caminar. Sus pies mancillados y despellejados por el inclemente suelo que, eternamente calentado por el sol, se había convertido en arena se movían a un compás lento y tortuoso. Su piel le recordó lo que era el dolor, su boca lo que era tener sed y su vientre lo que era tener hambre. No moría, no le era permitido morir. Empujado por una tarea milenaria, caminó.

Sus recuerdos huracanados iban y venían en torrentes caóticos de los que no lograba agarrar ni el más mínimo sentido. Tenía imágenes de campos verdes aferradas al corazón, edificios que le hacían cosquillas a las nubes, cielos de todos los colores posibles, bosques tan profundos como misteriosos, ciudades que se extendían hasta la frontera de la vista, extensiones de agua que ofrecían vida allí donde corriesen e infinitudes de sonidos provenientes de las más fantásticas criaturas. Todo aquello estaba en su interior, pero en el mundo que recorría no existía nada de eso, solo la arena, el calor y su necesidad de avanzar. ¿Alguna vez existieron los campos verdes y las aguas profundas? ¿El mundo alguna vez fue exuberante y lleno de vida? Posiblemente sí. ¿En algún momento de la historia había vivido algo diferente a ese insaciable impulso de caminar hacia el frente? Posiblemente no.

Sentía que existía desde siempre mas nunca vivió a plenitud, nunca satisfecho y jamás completo. Ahora seguía ahí, en un mundo vacío en el que cada paso parecía despreciado y no requerido. Intentó poner en orden su memoria, pero las voces... todas gritaban, todas al tiempo en lenguas muertas que ya nada se atrevían a pronunciar, en sistemas que ya no tenían sentido, si es que alguna vez lo tuvieron. El ruido llegaba a niveles tan altos que lo mejor era ignorarlo, ignorar las voces que le pedían detenerse y también las que se lamentaban. Ignorar todo y continuar.

¿Qué era?, ¿de dónde era?, ¿hacia dónde iba?, ¿qué deseaba?, ¿para qué existía? Eso no lo sabía, ni siquiera le importaba. Ya esas respuestas tan buscadas no tenían ningún sentido, todo se perdió en algún momento bajo el peso del implacable astro rey. Ni a la arena ni al cielo infinitamente despejado les interesaba su pequeña existencia. Minúsculo y reseco como estaba, él también perdió el interés en sí mismo, posiblemente por primera vez desde su nacimiento.

El paisaje pocas veces cambiaba. Cuando lo hacía, él sabía que se encontraba frente a un vacío, algo faltaba delante de él, y esa ausencia parecía incriminarlo cau-

sándole un profundo dolor que nunca era suficiente. Como si el ardor sin llamas no bastara para castigar su cuerpo maltrecho y siempre en movimiento. En una ocasión se encontró al borde de un acantilado, en el fondo de éste sólo había más arena. Pero el horizonte... Mirar hacia la distancia trajo desde su interior una imagen compartida por cientos de aquellas voces que se negaban a guardar silencio; en aquella ocasión, de manera milagrosa, todas se redujeron hasta ser un susurro de alguna manera entendible. Unidas ante el recuerdo y la nostalgia, le permitieron recordar brevemente.

Sin previo aviso tuvo frente a sus marchitos ojos una extensión azul de infinita profundidad en perpetuo movimiento, modificada por el viento y la luna. Acompañando esta imagen también ascendieron diferentes emociones largamente olvidadas: la angustia de alguien que espera a su ser amado, la emoción de quien inicia un viaje a un posible fin del mundo, el miedo que se arraiga en los corazones de aquellos que comprenden lo pequeños que son, la felicidad que se siente al ver algo hermoso. La ilusión solo duró unos instantes y desapareció abruptamente, escondiéndose en aquel lugar muy en el fondo de su cuerpo, llevándose consigo la frescura junto a la calma que esos preciados segundos le habían ofrecido. Se quedó a solas con ese paraje eterno de arena y polvo. La impresión de aquella imagen lo obligó a retirarse, al borde del llanto, de ese lugar. Tuvo infinidad de espejismos como ése a lo largo de su viaje, todos aparecían y se iban con la rapidez de un parpadeo, azotándolo brutalmente con una nostalgia impersonal; pero profundamente arraigada.

El tiempo perdió todo sentido y lógica: las horas transfiguradas en semanas y los meses en segundos apuñalaron su ser, su cuerpo se deterioró rápidamente hasta convertirse en una fina sombra moviéndose en medio de las dunas de arena; nada quedaba ya de la forma humana que debía poseer. El sol se encargó de secar hasta lo más profundo, ahí donde todo se acumuló e intentó desesperadamente seguir existiendo porque la naturaleza de la humanidad así lo dicta. Seguir viviendo a costa de lo que sea es lo que alguna vez estuvo firmemente forjado en el alma humana, al menos hasta ese día.

Las pocas voces que todavía le acompañaban, posiblemente las más fuertes o las más testarudas, sintieron la cercanía a la extinción y lloraron. Lo hicieron de tal manera que el cuerpo físico trató de hacerlo junto a ellas. Si tan sólo en ese caparazón hubiera quedado algo de humedad habrían caído lágrimas pesadas de sus ojos, esas lágrimas habrían mojado la caliente arena y el mundo hubiera tenido una última muestra de lo que era la tristeza transformada en materia.

No ocurrió nada. En tal deplorable estado estaba ese cuerpo que sus últimos momentos estuvieron carentes de todo movimiento. Sus ojos reseco y adoloridos no podían hacer más que enfocarse en esa extraña figura que apareció sin avisar. Esta emer-

gió de la arena buscando los reconfortantes rayos del sol mientras se alimentaba de la fresca fuente de vida escondida bajo la arena. Esa vitalidad aguardaba por el momento justo, manteniéndose fuera de su alcance a manera de castigo, pero siempre presente y perpetua. El cuerpo y sus últimas voces, que iban guardando silencio por el resto de la eternidad, se estremecieron ante lo que sería su último contacto con la vida: una flor.

Una flor muy pequeña, de pétalos tan blancos como la nieve que alguna vez cubrió las montañas y con el tallo tan verde como los bosques llenos de prosperidad y riqueza. El viento renovado y fragante empujó la delicada flor hasta el rostro del cuerpo, sus pétalos tocaron lo que en otro momento fueron los labios y ese fue el final. Las voces se acallaron en su totalidad y el cuerpo se quedó finalmente vacío, sin propósito alguno. La vida le dio un último beso de definitiva despedida a la humanidad y le permitió volver al polvo de donde había salido, que ahora lo reclamaba de nuevo para reunirse con el todo eterno.

